

## PRÓLOGO

por Mauro Armiño

Marcel Proust escribe con una diferencia de cinco años, de tres si nos atenemos a la fecha del último «salón» publicado (1905) y el primer «pastiche» (1908), dos conjuntos de textos presididos por una idea absolutamente distinta. Si los *Salones* pertenecen al mundo en que se ha movido la primera juventud del escritor y en el que ha nacido su primer libro, *Los placeres y los días* (1896), en *El caso Lemoine* se trata de una gimnasia del oficio de escritor, de un ejercicio de análisis de estilos ajenos a través de un caso de crónica de sucesos: la estafa de un tal Lemoine a la más alta compañía de diamantes del mundo. Nada tienen que ver uno con otro: los *Salones* resultan un juego social y expresan la obsesión del joven Proust por incrustarse en el mundo de la alta aristocracia parisina, con sus princesas, duquesas y marquesas de rancia estirpe o de un linaje reciente—los títulos concedidos por Napoleón Bonaparte—que choca con las viejas familias que habían ganado sus cuarteles antes de Luis XIV y que este rey refrendó. En los *Salones* encontramos un Proust alabancero

que reseña actos sociales de ese mundo aristocrático; el conjunto cabría hoy perfectamente en las secciones «rosa» de la prensa, si dejamos de lado que los personajes descritos pertenecen no a la turba de personajillos populares sino a unos apellidos que han sido la flor y nata de la historia francesa durante siglos en la mayoría de los casos. Saldará cuentas, esta vez críticas, con ese mundo en *La parte de Guermantes y Sodoma y Gomorra* sobre todo (tomos III y IV de *A la busca del tiempo perdido*), para rematar la acerba visión que de ese mundo tiene el Narrador cuando, en el séptimo y último volumen de su novela, *El tiempo recobrado*, regrese a París y se tope, en el pasaje «El baile de las cabezas», con sus viejos personajes derruidos en el polvo: el maquillaje de sus máscaras chorrea por sus rostros como en las últimas escenas de la película de Luchino Visconti *Muerte en Venecia* (1971), basada en la novela homónima de Thomas Mann: en ellas el profesor Aschenbach (Dirk Bogarde) persigue por las calles de la ciudad su sueño del adolescente Tadzio, con el rímel cayendo sobre la empastada y barrosa cosmética de su semblante.

Proust no fue un emboscado en ese mundo de hadas frente a la realidad social de Francia en la época, como algún periodista lo estuvo para contar en sus artículos la otra cara de ese mundo de apariencias; lo que Proust tuvo emboscado fue su memoria, que terminó reflatando cuando los rancios ambientes de esa aristocracia ya estaban para él lejos de su interés y de su vida. En *El caso Lemoine* el joven deslumbrado por ese mundo trasnochado se vuelve hacia lo que quiere que sea su oficio.

Entre esas fechas, 1901, 1904 y 1908, la vida de Proust ha sufrido una convulsión: la muerte de los padres; si la del brillante doctor Adrien Proust (1834-1903), higienista de prestigio internacional, supuso una reconciliación del escritor con su memoria, en el terreno de los sentimientos la distancia entre ambos se impuso desde que quedaron al descubierto los hábitos sexuales de Proust, que, en una de sus cartas, refiere el acuerdo al que llegaron su padre y su abuelo materno, Nathé Weil (1814-1896), para recurrir al burdel como medio de liberar al joven de sus «malos hábitos»<sup>1</sup>. Los distanció todavía más la postura del doctor ante el caso Dreyfus: rechazó el documento que exigía la revisión del proceso de ese capitán judío, víctima del racismo que reinaba en el ejército francés, y que su hijo le presentó a la firma. Esa distancia en las relaciones tendrá eco en *A la busca del tiempo perdido*, donde Proust adjudica a M. de Norpois frases y clichés paternos; una carta de la abuela al Narrador anuncia en *A la sombra de las muchachas en flor* el viaje que ambos doctores realizan a España, testimonio del que Adrien Proust hizo, concretamente a Asturias, en su lucha contra el cólera<sup>2</sup>.

La muerte de la madre, Jeanne Weil (1849-1905), supuso una hecatombe para Proust: esta mujer, miembro de una rica familia judía, se había educado, pronto

---

1. Philip Kolb, *Correspondance de Marcel Proust*, t. XXI, págs. 550-551.

2. Marcel Proust, *A la busca del tiempo perdido*, El Paseo Editorial, ed. cit., t. II, *A la sombra de las muchachas en flor*, pág. 321. También se cita ese viaje en *La parte de Guermantes*, BTP, Editorial Valdemar, ed. cit., t. II, págs. 164 y ss.

huérfana de padre, en el salón de la esposa de su tío abuelo, Adolphe Crémieux, el miembro más relevante de la familia<sup>3</sup>; el salón liberal y musical de Mme. Crémieux fue frecuentado por los románticos, desde Victor Hugo a Lamartine, Musset, George Sand, Dumas, Fromental Halévy, Rossini, etc., dejando en esa abuela materna de Proust, Adèle Berncastel, profunda huella cultural; en él se mezclaban el liberalismo y el positivismo, y Adèle transmitirá a su hija esas ideas, la misma afición por la lectura de Saint-Simon, de Mme. de Sévigné, de George Sand, y la misma pasión que ella había sentido por la cultura, por la poesía, por la música —ambas eran buenas pianistas, no tanto Proust, aunque también practicaba ese instrumento—. La correspondencia entre abuela y nieto muestra la afectividad de esa relación, en la que Proust ahondará cuando, muerta madre y abuela, condense en un solo duelo detalles y sentimientos hacia ambas en *A la busca del tiempo perdido*. La enfermiza relación de Proust con su madre logró una convivencia cómplice: Jeanne, con un marido demasiado atento a su trabajo y a su frívola afición por la vida social, viajero frecuente por razón de su especialidad higienista —Sicilia, Rusia, Persia antes de su matrimonio, Bombay, Asturias después—, se volcó desde el principio con el hijo enfermo que era el pequeño Marcel. De ahí le viene esa amplia base cultural que sorprende en sus primeros escritos, en los

---

3. Adolphe Crémieux (1796-1880), masón, ministro de Justicia —1848, 1870— y senador vitalicio; fue uno de los fundadores de la Alianza Israelita Universal que presidió desde 1863. Eliminó del Código francés la pena de muerte y la esclavitud en las colonias.

que habla con perfecta solvencia, pese a su juventud, de pintores, de músicos, de escritores.

Se ha escrito mucho sobre esa indisoluble unión que mantuvo vivas las relaciones de madre e hijo, expuesta desde las primeras páginas de *A la busca del tiempo perdido*, cuando el niño espera el beso de buenas noches de la madre. El tema daba para análisis freudianos que no han dejado de hacerse<sup>4</sup>, y que han examinado en el episodio plenamente edípico de un suceso real narrado en el relato-crónica «Sentimientos filiales de un parricida»<sup>5</sup>. Había encontrado en las páginas de sucesos de *Le Figaro* una crónica que bajo el título de «Un drama de la locura»<sup>6</sup>, narraba el asesinato de la madre y posterior suicidio de Henri van Blarenberghe: la muerte del señor Blarenberghe padre, conocido de los padres de Proust, también recientemente fallecidos, había suscitado por puro convencionalismo social la correspondencia entre los hijos de ambas familias. Gaston Calmette, director de *Le Figaro*, le encargó de inmediato una crónica que, publicada, «corría el riesgo de desagradar y que desagradó» a los abonados del periódico y a los amigos de la familia Blarenberghe, a pesar de que uno de los redactores se permitió cortar

---

4. Viviane Forrester, «Marcel Proust: le texte de la mère», *Tel Quel*, n.º 78, 1978, págs. 70-82. Michel Schneider, *Maman*, Gallimard, 1999.

5. Aparecido año y medio después de la muerte de Jeanne Weil en *Le Figaro* el 1 de febrero de 1907. Puede verse en M. Proust, *La confesión de una joven y otros relatos de noche y crimen*, ed. cit., págs. 115-143.

6. Apareció el 25 de enero de 1907, seis días antes de la publicación de «Sentimientos filiales de un parricida».

el último párrafo por «censura insuficiente» del parricidio. No hay razones que expliquen el asesinato de la madre ni la mutilación y suicidio posterior del hijo, un joven de la alta sociedad con el que Proust había mantenido triviales contactos de sociedad además de las cartas de condolencia cruzadas; en su texto trata de profundizar en la fatalidad que ha impulsado a un hijo tierno y cariñoso al crimen, y vuelve la mirada hacia los grandes parricidas de la época clásica —Edipo, Orestes— para justificar un desdoblamiento de la personalidad que arroja a los protagonistas al crimen. A la figura de Henri van Blarenberghe Proust ha trasladado «su inmenso sentimiento de culpabilidad y de expiación, y su mitología de la memoria había nacido ya en este artículo en el que, en unas pocas horas febriles, Proust descubrió la primera justificación de su pecado y de su literatura»<sup>7</sup>.

No es la única muestra de obsesión culpable ante la figura materna por la sexualidad: determina el sentido en dos relatos, «Antes de la noche» y «La confesión de una joven»<sup>8</sup>. En este desarrolla los motivos de un «crimen» heterosexual —mientras en «Antes de la noche» es homosexual—: una Narradora anónima refiere —hay demasiadas faltas de concordancia de género en el manuscrito para ser inocentes<sup>9</sup>— su goce cuando

---

7. Pietro Citati, *La Colombe poignardée*, pág. 166, Gallimard, 1977.

8. «Antes de la noche» apareció en *La Revue Blanche* en diciembre de 1893; «La confesión de una joven» fue incluido por Proust en *Los placeres y los días*.

9. Catherine Viollet, «La Confession d'une jeune fille: aveu ou fiction?», *Bulletin d'informations proustiennes*, n° 22, 1991, págs. 15-16.

besa a un hombre que no es su prometido, y que la madre contempla desde una ventana fronterá con mirada atónita; el impacto de esa visión la hace caer «hacia atrás y quedó con la cabeza colgando entre dos barrotes del balcón»; esa muerte de la madre provoca de hecho el intento frustrado de suicidio de la propia joven, que, a salvo ya, cuenta lo ocurrido. También en *Jean Santeuil*<sup>10</sup>, que en sentido lato podemos considerar borrador en parte de la *Recherche*, transparecen esas sugerencias de relación sexual materno-filial; en esa «novela» iniciada en 1895 y publicada póstuma en 1952, hay escenas turbadoras sobre relaciones madre e hijo que anteceden a la visión más afectuosa entre el Narrador y su abuela y su madre; pero también hay escenas y personajes inquietantes como Vinteuil, que muere de pena ante el lesbianismo de su hija; como Albertine, la muchacha de sexo inseguro y algo masculina con la que el Narrador nunca llegará a casarse.

La conmoción que Proust sufrió a raíz de los fallecimientos de padre y madre —sobre todo de esta—, acaba con su forma de vida y de ver el mundo de los años entre siglos: lo encierra en su cuarto, entre paredes de corcho y sahumeros, con la idea obsesiva de la «obra», único refugio frente a la muerte que, el siempre enfermo Proust, ve cernida sobre su cabeza. Desde ese diciembre de 1905 desaparecen sus hasta entonces frecuentes artículos en la prensa. Solo «Sentimientos filiales de un parricida» se publica, tras la solicitud del director de *Le Figaro*, en enero de 1907. En 1908

---

10. Marcel Proust, *Jean Santeuil*, ed. cit., Editorial Valdemar, 2006.

y 1910 solo publicará dos artículos de compromiso dedicados a dos libros de amigos muy cercanos, Lucien y Léon Daudet. Pero en 1909 ya está sumido a tiempo completo en sus cuadernos elaborando bosquejos y rehaciendo partes de textos inacabados (*Jean Santeuil, Contre Sainte-Beuve*<sup>11</sup>); en ellos busca la fórmula para que arranque la novela que tiene en mente. Concentrado en su «obra», no volverá a colaborar en prensa —salvo los obligados acompañamientos publicitarios de los dos primeros tomos de la *Recherche*— hasta 1920, cuando publica «A propósito del “estilo” de Flaubert» y «A propósito de Baudelaire», que más que artículos son ensayos de cierta extensión sobre dos de sus autores preferidos por razones estilísticas. Pero ese «blanco» —término que Proust emplea para ensalzar la táctica narrativa de Flaubert— en sus colaboraciones en prensa no se da en su trabajo como escritor. Desde 1908 ronda por su cabeza, según su correspondencia, y cuando todavía se pregunta si es novelista, todo un programa de escritura patente en los múltiples cuadernos garrapateados de los que termina saliendo *A la busca del tiempo perdido*.

---

11. Charles-Augustin Sainte-Beuve (1804-1869) publicó durante los últimos veinte años de su vida artículos de crítica literaria en distintos periódicos sin interrupción; esos artículos fueron recogidos en tres volúmenes: *Causeries du Lundi* (15 tomos, 1851-1862), *Nouveaux Lundis* (13 tomos, 1863-1870) y *Premiers Lundis* (1871-1875). Como crítico, Sainte-Beuve relacionaba la obra con la vida íntima del autor y el ambiente social, teoría contra la que Proust se alza y que va a dar lugar a *Contre Sainte-Beuve*, uno de los presuntos «borradores» o primeros esbozos de lo que terminaría siendo *A la busca del tiempo perdido*.